

pena de hacerme perder tanto tiempo como el que me habeis embromado,” y algo mohino se volvió á su mostrador. Mas luego que vió que le daban un moneda de oro para que se pagase de unos cuantos óbolos (\*), teniendo que devolver el exceso, se creyó burlado y dió libertad á su cólera diciendo á Baronio cuantas injurias le vinieron á la boca, y previniéndole que le molería á palos si volvía á su casa con semejante gracia.

En la muerte del papa Paulo III, hizo anunciar el cardenal Farnesio, que daría ropa de luto á todos los pobres que quisieran asistir á la ceremonia fúnebre. Felipe, que de todo sabia sacar partido, dijo á Tomás Bozzio, jóven muy rico que fuera á hacerse inscribir para que se le diese una librea fúnebre. Obedeció el humilde discípulo y se presentó entre los mendigos á recibir el vestido que como á uno de tantos le dieron.

Vino un dia el portero á avisar al santo, que una señora principal queria hablarle. Hacía á la sazón un calor sofocante, y no obstante se envolvió Felipe en su capa de pieles, y bajó á la iglesia en donde le aguardaba la señora. Luego que ésta se fué y aun estando Felipe en el pórtico, llegó uno de sus discípulos llamado Marcelo Vitelleschi. “Seais bien venido, le dijo sonriéndose: tengo que encargaros una comision importante; pero antes es

[\*] El óbolo equivale á un centavo de nuestro peso.

preciso que yo os vista de la manera conveniente.” En seguida se quitó la capa de pieles, la volteó al revés y se la puso á Marcelo enviándole con un recado insignificante á Baronio, que estaba en el coro cantando vísporas. Luego entró Felipe á la iglesia para ver cómo desempeñaba su discípulo aquella comision. Este, que era de un carácter tímido y encogido, se encaminó á paso de lobo por uno de los lados ménos concurridos del templo, hasta llegar por detras de la silla de Baronio quien se agachó para oír lo que tenía que decirle. Luego se volvió con la mayor presteza al santo padre á quien le dió la respuesta de Baronio. “Bien, le dijo el santo, pero es preciso que tambien sepa esta otra cosa: volved por enmedio de la nave muy despacito, entrad al coro y decidse la.” Esta órden fué un rayo terrible para la cortedad y vergüenza de este jóven; pero á todo se sobrepuso, y cumplió con lo mandado.

Gallonio, uno de sus mas distinguidos discípulos, era de tal calor natural que aun en el mas rigoroso invierno, le era bastante abrigo un vestido ligero. Durante los tres meses mas calurosos del estío, le hizo traer el santo su temible capa de pieles, para mortificar su carácter naturalmente gráve y circunspecto, obligándole tambien á cantar canciones de pastores, no solo en lo privado sino aun en presencia de las personas mas eminentes.

Agustin Manno, uno de sus Oratorianos, predicó un sermon tan famoso, que se atrajo los

aplausos de su auditorio. El buen padre, temeroso del daño que pudiera acarrearle cualquier orgullo, quiso preservarlo de este peligro, y le mandó repetir el mismo discurso seis días seguidos en refectorio. Sus oyentes que ignoraban que lo hacía por obedecer á su superior, llegaron á enfadarse con tanta repetición; le escucharon con disgusto, y acabaron por decir muy alto á fin de que él lo oyese: “Parece que ha puesto todo su talento en este sermón.” Por lo demás este sábio maestro no prescribía estos remedios indistintamente y á cualquiera persona, sino solo á aquellas que conocía ser demasiado virtuosas, y que sabía habían de aprovecharse de ellos.

Lo mas difícil de mortificar en el hombre, es la propia voluntad; y á la verdad, nada hay mas necesario que esta mortificación. Felipe conocía demasiado el corazón del hombre, para que pudiera descuidarse de esta virtud, y por lo mismo nada omitía para quebrantar la voluntad de sus hijos espirituales, y muy principalmente la de los padres de su congregación. Referiré algunos ejemplos que probarán lo riguroso que era en este punto. El papa Sixto V, que tenía grande interés en los anales de Baronio, le señaló una fuerte pensión eclesiástica, para proporcionarle algunos escribientes que le ayudasen en su laboriosa tarea. Llegó esto á noticias de Felipe, y le mandó decir con el procurador de la casa, que en lo sucesivo cada año hiciese ingresar en la caja comun esa pensión

que el papa le había señalado. Baronio, á pesar de su habitual obediencia, tuvo mucho trabajo en someterse á esta orden de su superior: le pareció mucho lo que se le exigía y que no se cumplía con la intención de su bienhechor. Vió á varios padres para que hablasen por él á Felipe, pero no pudieron hacerle variar de resolución. Entonces se dirigió á Tomás Bozzio, cuyo ascendiente para con el santo le era conocido, y le suplicó hiciese retirar esta orden, que le obligaría á dejar el Oratorio. Bozzio se fué al momento á ver al santo, y abogó fuertemente por la causa de su amigo; mas sin fruto alguno. “Que obedezca César, le contestó Felipe, ó que se valla. Dios no necesita de los hombres aquí ni en ninguna parte.” Espantado Bozzio con esta respuesta, dejó de insistir, y se volvió á Baronio rogándole que se sometiera á la voluntad del superior. César era demasiado dócil para que dejara de recibir bien un consejo tan sábio. Marchó al momento al cuarto del padre, se echó á sus pies y le pidió perdón de su tenacidad. Hizo mas aún; ofreció poner á su disposición toda su pensión: “Ahora, le dijo el santo, que os sometéis como debéis, desisto de mi pretensión. Guardad vuestro dinero, y ya conoceréis que no era él lo que yo quería, sino el sacrificio de vuestra voluntad, y ciertamente que sin este yo nunca habría cedido.”

Superior de una esperiencia consumada no dejaba que se aflojase la observancia de la discipli-

na, y sabedor que el ejemplo de los mas distinguidos, es una ley para los demas, exigia de ellos una obediencia mas puntual, y castigaba con grande severidad sus mas pequeñas faltas. He aquí un ejemplo. No sé que tuvo un dia que reprender á Tarugi, uno de los padres mas remarcables; serían sin duda algunas ligeras infracciones: pero sea lo que fuere, lo cierto es que le mandó decir con Bozzio, que no iban de acuerdo sus costumbres con su instituto, y que por consiguiente, debía retirarse. Este golpe inesperado consternó á Tarugi y le sumergió en un dolor inconsolable. Empleó todo el resto del dia y la noche siguiente, en examinar su conciencia y buscar en ella lo que le hubiera podido merecer tan cruel castigo; pero nada encontró. A la mañana siguiente fué á ver á Bozzio, que sabia era sensible á su pena, y le dijo: “Es necesario que sea yo muy culpable, para que mi padre que es tan bueno, quiera despedirme de la congregacion, como indigno de permanecer en ella: mas yo no sé cuál es mi delito, y esta ignorancia me quita la vida. Si os da lástima mi triste situacion, os suplico, amigo mio, que os empeñeis con nuestro caritativo padre, á fin de que me diga mis faltas y me imponga la pena que crea justa; estoy dispuesto á hacer cuanto guste, pero que no me eche de su casa, porque fuera de ella yo no podré vivir.” Bozzio se enterneció hasta llorar, y se fué á ver al santo, llevando consigo á Tarugi, que se quedó en la puerta del cuarto. “Pa-

dre mio, le dijo, vengo á conducir una oveja á su pastor, y no dudo que la recibireis con indulgencia” Adivinando Felipe de lo que se trataba, llamó á Tarugi que vino á echarse á sus pies sin poder articular palabra. “Yo os perdono, le dijo el santo; pero en lo sucesivo portaos de modo que no os hagais indigno de vivir en esta santa casa.” Era tan viva su emocion que solo con sus lágrimas pudo manifestar su agradecimiento. Luego que salió, dijo Felipe á Bozzio: “Mucho ha adelantado vuestro amigo en el camino de la perfeccion de dos dias á esta parte.”

Acostumbraba decir este gran maestro, que toda la santidad de un hombre se puede cubrir con tres dedos; y al decir esto ponía tres de los suyos sobre la frente de alguno de los que le escuchaban, y esplicaba de este modo su pensamiento: No se puede decir que un hombre es perfecto hasta que llega á inmolar su propia voluntad: y segun este principio, mortificaba á aquellos que le visitaban y tenían reputacion de santos, experimentando su virtud, y juzgaba de ellos segun la paciencia con que sufrían esta prueba. Esto explica su celo y dedicacion en humillar á los que se ponían en sus manos, y que él creía á propósito para la perfeccion. Algunas veces oía predicar elocuéntemente á alguno de sus padres, y le interrumpía en medio de su discurso, diciendo que él queria predicar, y le hacía bajar del púlpito. Muchas ocasiones esperaba el momento del

sermon para designar el predicador, obligándole á subir al púlpito sin estar preparado. Es verdad que él sabia ya que Dios le inspiraria lo que habia de decir; pero el predicador que no tenia esta seguridad, no podia ménos de inquietarse en extremo. Por lo demas, no tardaron ellos en conocer que les valía mas obedecer en semejantes casos, que cualquier otro estudio preparatorio. Otras veces les mandaba que fuesen á las librerías á comprar libros ridiculos, ordenándoles que los pidiesen en alta voz, á fin de que los oyesen todos los que por allí anduvieran; otras los enviaba á pasearse por la ciudad, cubiertos de unos vestidos que se caian á pedazos. Esto dió lugar á una anécdota que quiero referir. Llevaba un dia uno de sus discípulos un hábito viejo, cuyas mangas estaban en tan deplorable estado, que compadecido al verlas uno de los que pasaban, le ofreció darle unas nuevas. El jóven, que todo podia ser, ménos pobre, agradeció cortesmente este favor, y no quiso aceptarlo: mas al volver á casa, dió cuenta de esta aventura al santo padre. “¿Conoceis á ese Señor?” le preguntó Felipe.—“Sí, padre, le conozco muy bien, respondió.—En tal caso, repuso Felipe, id á verle y decidle que sentís haber rehusado una gracia que os era muy de provecho, y que vais á reclamarla de su caridad.” Obedeció el jóven, y honró como debía el regalo, usando por algun tiempo aquel hábito viejo con mangas nuevas. Si algunas veces dispensaba á sus discípulos usar un

hábito viejo, lohumillaba con ponerles un mal sombrero, ó un rosario grueso en el cuello, &c., y los enviaba unas veces á un barrio de la ciudad, y otras á otro. De tiempo en tiempo les decia para animarlos: “Someteos gustosos á las mortificaciones pequeñas, para que os hagais capaces de soportar las grandes.”

Tal vez no dejará de parecer estraña á muchos esta conducta del santo; pero lo cierto es, que el espíritu de Dios le impulsaba á obrar de esta suerte. Porque de otro modo, ¿cómo podrá explicarse el dominio que tenia sobre la voluntad agena, hasta el extremo de hacer ejecutar sin contradicion los actos humillantes que hemos visto?

Solo Dios que inspiraba á Felipe, podia ayudar con su gracia la obediencia de sus discípulos: y me persuado mas de esta verdad, al ver que á algunos de ellos los humillaba constantemente, al paso que nunca mandó una cosa de estas, á otros de ellos que vivieron en su compañía treinta ó cuarenta años.

Puede decirse, que era su virtud favorita, la mortificacion del orgullo humano. Oíansele repetir continuamente aquellas memorables palabras de San Bernardo: “Despreciémos al mundo sin despreciar á nadie: despreciándonos á nosotros mismos, lograremos despreciar al mismo desprecio.” “No he llegado áeste grado, añadía nuestro santo, pero deseo llegar.” Ya en sus últimos años, casi no ejercitaba á nadie en estos actos de

mortificación, y preguntándole uno cierta vez el motivo, contestó: “Todas estas rúbricas son ya demasiado conocidas, para que sean de provecho: podría suceder que se envaneciesen con ellas; en fin, ya son cosas usadas.”

---

### CAPITULO XXIV.

Admirable paciencia de Felipe, en sufrir injurias y males corporales.

---

**A**L hablar de esta preciosa virtud que los hombres espirituales consideran como la piedra de toque de la santidad, puedo asegurar sin exageracion, que Felipe la tuvo en su mas alto grado. Para convencer de ello á mis lectores, bastará que hablen los hechos.

Tan pronto como estableció los ejercicios de su Oratorio, se desencadenó la malignidad contra

ellos. Los cortesanos principalmente, esa clase de hombres acostumbrados á mofarse mas bien de la virtud que del vicio, dieron rienda suelta á su mordaz locuacidad. Si algun discípulo del santo entraba al palacio de algun príncipe, á donde le llamaban sus negocios, luego se le presentaban con el aire mas burlesco, y le agobiaban con insultantes preguntas. “Dadnos noticias, le decian, de vuestro padre Felipe. ¿Qué hace ahora? ¿Va bien su comercio? ¿Gana mucho dinero? ¿Le llevan muchos pollos y gallinas sus hijas espirituales?” Estas perversas burlas pasaron de los palacios á las tiendas y tabernas, de modo que por muchos años fueron el santo y su Oratorio objeto de la burla y diversion del populacho. Afligidos sus discipulos, no dejaban de referirle todas estas cosas; pero en lugar de enfadarse, saltaba de alegría; cosa que no podia ménos que excitar en ellos la admiracion. Vino un dia á verlo por curiosidad uno de esos burlones malignos del alto Kirio, y fué testigo de la paciencia con que oía el relato de las burlas que le inferian, lo que penetró su corazon, é hizo que despues de encomendarse á sus oraciones, saliese á publicar por todas partes la rara santidad de Felipe.

Los progresos siempre crecientes de tan santa obra, causaban un rabioso despecho á sus enemigos, el cual los condujo á cometer los mas grandes excesos. Fué encerrado en una prision por una infamia, un hombre del pueblo, llamado Felipe, y lue-